

Gótico divino

Relatos de
mística extraña
escritos
por mujeres



Horror
Vacui



ÍNDICE

Prólogo de la editorial	9
El piar matutino del copetón, Raquel Pons	13
Amy, Alba G. Mora	31
Libélulas, Gemma Solsona Asensio	41
Encuentro, Layla Martínez	59
Últimos amaneceres de mi abuela en la tierra, Constanza Gutiérrez	79
Luz interior, Anneke Necro	89
Mi propio verano, Nieves Mories	107
Una bandeja, Marina Arrabal	119
Dinámica de grupo, Núria Gómez Gabriel	133
Lingua Ignota, Anna Fae	151

PRÓLOGO DE LA EDITORIAL

La religión, como el lenguaje, ha estado presente en la historia del ser humano desde tiempos remotos. En sus orígenes, el sentimiento religioso tomaba forma en el convencimiento de que la naturaleza estaba imbuida de un espíritu que la animaba o provenía del terror que experimenta el ser humano ante lo que no alcanza a comprender. A esta corriente se adscribe lo que Rudolf Otto bautizó como «sentimiento de criatura», la sensación de insignificancia ante la inmensidad de lo absoluto que proviene de experimentar lo numinoso. Del latín «numen», que significa Dios, Otto llama numinoso a todo aquello trascendente, divino, místico o relacionado con lo que no concebimos ni entendemos. En la construcción de los relatos religiosos, que dan cuenta de esta misma experiencia, hay lugar para formas de acceso de todo tipo al mundo espiritual. Las historias de las distintas tradiciones divergen en lengua y tono; sus símbolos, aunque comparten elementos comunes, dan lugar a rituales y ceremonias muy diferentes entre sí, pero en todas ellas parece hallarse, por un lado, la necesidad de lidiar con el vacío de la existencia y, por otro, un terror absoluto a que las leyes y la voluntad de aquello que habita más allá de este mundo nos sea inaprensible, indiferente u hostil.

Desde la llegada de la Modernidad, la religión ha ido experimentando paulatinamente su propio deceso. Con la

secularización de las sociedades modernas se produjo también la desacralización de lo cotidiano, lo que llevó a un vaciamiento de lo religioso. La crítica ilustrada creyó que podía desbancar a la religión; pero, en su búsqueda incansable de la razón, acabó provocando la desconfianza y la incertidumbre. Cuando Nietzsche hablaba de la muerte de Dios, se refería a la muerte de los grandes relatos, del sentido que hasta ahora había organizado nuestras vidas.

En el ámbito de las ciencias naturales, el principio de incertidumbre de Heisenberg provocó el derrumbe de la física clásica como método para alcanzar el conocimiento absoluto. Kurt Gödel, con sus dos teoremas de la incompletitud, acabó con el sueño de las matemáticas de ser un sistema cerrado, perfecto y autosuficiente, mostrando que incluso las formas de conocimiento más fiables no pueden autovalidarse del todo ni otorgarnos verdades absolutas. Las ciencias naturales y las ciencias del espíritu parecían ponerse de acuerdo: no existe la univocidad del sentido, no podemos saber o conocer con exactitud lo que ocurre a nuestro alrededor.

En la segunda mitad del siglo xx, empiezan a surgir nuevas formas de experimentar lo religioso. Hay una resistencia por parte de este sustrato a salir de nuestras vidas. También de nuestros valores, puesto que aquellos que se derivan de su creencia siguen permeando nuestras instituciones. Como dice Gianni Vattimo, hemos pasado de una ontología fuerte, que afirma la existencia de Dios, a una ontología débil, que no puede afirmar su existencia, pero sigue esperando creer o encontrar un sentido que lo sustituya. La espiritualidad y la religión vuelven a modo de fetichismos místico-esoté-

ricos, proliferación de sectas y seudofilosofías new age. El progreso trajo consigo no solo abundancia de alimentos o la cura contra enfermedades devastadoras sino, sobre todo, multitud de promesas. Que no tardaron en ser arrasadas por las sombras apocalípticas que los avances científicos, al servicio de un mundo desencantado e industrializado, arrojaban sobre el planeta en forma de bombas atómicas y armas químicas, volviendo a sembrar dudas donde debería haber certezas y allanando el camino para la vuelta de las distintas formas de espiritualidad. Personificaciones de ángeles y demonios conviven con ciberchamanes que buscan entidades ocultas en los límites de la red, los éxtasis místicos se tornan orgiásticos o alucinógenos, los santos y las vírgenes habitan en las urbes o llevan vidas que podrían ser consideradas sacrílegas para las instituciones religiosas que todavía luchan por mantener su hegemonía.

En estos relatos, encontraréis algunas de esas manifestaciones: éxtasis desgarradores y experiencias que van más allá de los sentidos, heridas que se abren para acoger la luz que de otro modo nos ciega, sectas contemporáneas, posesiones familiares, plagas de insectos, comunidades de hechiceras, santas subyugadas al placer, visiones enloquecedoras, raptos documentados en Reddit y paladinas vengativas cuyo cuerpo es un festín para los hombres.

El potencial simbólico de lo religioso no ha podido ser destruido y así se manifiesta en la esfera del arte y de la literatura. Para Michel Onfray, una de las razones se halla en que la existencia de Dios pertenece al orden de las ficciones; y estas, como sabemos, no pueden morir, solo cambian de forma. Allí donde las explicaciones y certezas del ser hu-

mano no llegan, ese compartimento todavía oculto al que no tenemos acceso y en el que confiamos las noches que pasamos en silencio, contemplando nuestras manos, asegurará la permanencia de la creencia en lo numinoso y la posibilidad de los relatos que os traemos aquí. Seguimos creyendo en la literatura porque no podemos concebirla. Experimentadla junto a nosotras.

EL PIAR MATUTINO DEL COPETÓN

Raquel Pons

«La maríapalito es muy beata.

Siempre tiene sus brazos en plegaria, y rezando come.»

La maríapalito, *Memoria del fuego II*, Eduardo Galeano

De rodillas, los brazos apoyados en la cama, reza. Reza como lo hacen las demás, como les enseñó el párroco, aunque las cuentas del rosario no se deslizan con suavidad entre sus dedos. Se siente sucia, pegajosa, caliente. Aunque hace ya tiempo que cayó el sol, la hacienda engulle como pájaro hambriento el calor y la humedad del día en picotazos que provocan la hinchazón de los muebles de madera que hay en su pieza, tan sombría, y que arremeten contra ella a través del ventanuco por el que, cuando levanta la vista del rosario y mira hacia él, divisa fuera los esqueletos de los bananos que rodean la hacienda. Tanta humedad y, sin embargo, secos; un puñado de cadáveres dispuestos en vertical que se tragan la humedad igual que tragaba ella, de niña, los huesecillos de la gallina que su abuela cocía en el caldero.

Padre nuestro que estás en el cielo

El recuerdo de su abuela la sorprende en una descarga rápida. Apenas la piensa, pero esta noche de rodillas, de

picotazos, de rezos, se acuerda de cuán distintos eran los de su abuela, más sucios, en apariencia, de los que ahora practica ella: primero había que descuartizar una gallina y echarla en el caldero, con sus huesos, con sus plumas; luego, una jarrita de leche, una hoja de banano troceada, la piedra más honda del río y un puñado de tierra fresca. Dependiendo de a quién quisiera pedir, echaba un chorrito de guarapo, un mechón de pelo o un escupitajo. Aprovechando los descuidos de su abuela, ella metía la mano en el caldero y pescaba un trozo de gallina. Un movimiento rápido, como un picotazo, no porque temiera que su abuela la riñese, pues, las veces que pilló a su nieta, no lo hizo, sino porque su abuela, si la pillaba con el colgajo de gallina entre los dedos, ponía los ojos en blanco, y ese blanco como la leche vertida sobre los huesos de la gallina, ese blanco como las nubes atrapadas entre los cerros de su pueblo tras la tormenta, a ella, de niña, le causaba pavor. Además del escupitajo, además de los ojos blancos, en esta noche de rodillas, de picotazos, de rezos, recuerda también el olor de la ofrenda cociendo a fuego lento mientras su abuela removía despacio con una cuchara de madera y cantaba la oración. Recuerda los ingredientes de la ofrenda, el escupitajo, el blanco. Sin embargo, la memoria no le alcanza para las palabras del cántico, tan solo el tono: dulce y agudo como el piar matutino del copetón.

santificado sea tu nombre

El rezo que ahora ella escupe se le antoja lóbrego, canto de muerte. Siente la lengua pesada, pastosa y seca de tanto repetir una y otra vez la misma letanía. Un padrenuestro, diez avemarías y un gloria. A cada decena, la invocación.

Reza como rezan las demás, como les enseñó el párroco, aunque las cuentas del rosario se resisten a deslizarse entre sus dedos, lo mismo que esos misterios que pueblan su boca. Se revuelve incómoda; a causa del sudor, el camisón empapado se le pega al cuerpo, y el roce del algodón le hace pensar en las visitas del párroco. ¿Vendrá esta noche también? Vendrá, claro que vendrá. Vendrá a verla primero a ella y luego a las demás. Vendrán sus uñas largas y afiladas de gallina que le clavarán en la cabeza, alabemos alabemos alabemos, para que ella permanezca de rodillas, alabemos al Señor, de rodillas primero y luego en la cama, alabemos, donde ella invocará de nuevo al dios del párroco, alabemos, cuando sienta su panza gorda rebotando sobre ella mientras alabemos alabemos alabemos para que pare ya, que se acabe cuanto antes el aleteo del párroco, para que

venga a nosotros tu reino

Aprieta las cuentas y reza. Reza para no pensar, para no temer, para no contar las horas que faltan para que el párroco llegue. Reza con el cuerpo dolorido que este nuevo dios desprecia. Este cuerpo sucio y pegajoso, buche lleno de pecados. Cuerpo que se estremece, no puede evitarlo, al pensar en la mano del párroco sobre su cabeza. Lengua pesada y seca mientras arrastra los dedos por las cuentas. En cada decena, la invocación. La encarnación de Dios. El único cuerpo válido es el de nuestro Señor crucificado, agujereado, desangrado. Fue el párroco quien le enseñó su cuerpo, y luego se lo hizo comer. La primera vez, ella abrió los ojos espantada y retrocedió. Comerse el cuerpo de su dios, ¿qué clase de bárbaros tomaron su pueblo? Su abuela invocaba a los dioses viejos ofrendándoles una gallina, no